

Rebecca Makkai

EL DEVORADOR DE LIBROS

A veces hay que seguir leyendo para pasar a la acción

Traducción:

JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL



MAEVA

*Para Lydia y Heidi.
Que se os abran a las dos todas las puertas
(y todos los libros).*

IAN NUNCA ESTABA CONTENTO SI NO HABÍA UN PRÓLOGO

Podría ser yo la mala de esta historia. Incluso ahora es difícil saberlo.

Entre tantos y tantos libros como había en la biblioteca sobre el antiguo Egipto, la ilustración que más gustaba a los niños era la del dios de la muerte comparando el peso del corazón de un muerto con el de una pluma, así que al menos tengo ese consuelo: algún día sabré lo culpable que soy.

Ya no veo a mis antiguos conocidos. He encontrado otra biblioteca, con paredes de roble y barandas de hierro; una biblioteca universitaria donde quien pide en préstamo algún libro sabe lo que busca. Yo se los paso por el lector, y ellos, envueltos en su bruma cafeinada, apenas me prestan atención. Nada que ver con mi vieja biblioteca de moqueta manchada y paredes de ladrillo, aunque los libros son los mismos: mismos lomos, mismos códigos en etiquetas amarillentas. Ya sé lo que contienen todos. Me susurran sus consideraciones desde las alturas.

Los fugitivos, los secuestradores, me miran desde lo alto de sus anaqueles como a uno de los suyos; me dicen que salga pitando hacia la frontera; estiman que voy tan de cabeza al infierno como ellos. Dicen que soy la mayor mentirosa que han visto en la vida. Y aquel de allá, el depravado lepidopterólogo, el magreante pirado que remueve su vodka con piña en las alturas de la estrecha estantería N-A-B, me ha dejado que tergiversar. (Siempre se puede contar con una biblioteca para un estilo de prosa poco original.) Señoras y señores del jurado, la prueba número uno es lo que envidié y creí poder arreglar. Vean qué cárcel de libros.

Antes de que empezara todo, le dije a Rocky que algún día clasificaría mis libros por protagonistas, en orden alfabético. Ahora comprendo dónde quedaría yo: Hull, bien arrimada a Huck y Humbert; aunque, en el fondo, lo tendría que poner en Drake, el nombre de Ian, el niño al que robé, porque al margen de quién sea la mala de la historia, yo no soy la buena. Por no ser, no soy ni el motivo de este rezo.

1

LA HORA DEL CUENTO

Se reunían cada viernes a las cuatro y media, con las piernas cruzadas sobre la alfombra peluda de color marrón, arrancando trocitos de su costra de barro, purpurina y pegamento, con la espalda en los cajones de libros ilustrados.

De mis cinco habituales, dos habrían venido siete días por semana, si hubieran podido. Ian Drake apareció con varicela y con la pierna rota. Vino hasta cuando sabía que habían pospuesto la hora de lectura una semana, y se quedó leyendo a solas en voz alta. Luego estaban los dos o tres extras de cada semana, hijos de padres que necesitaban canguro ocasional; inquietos durante la lectura del octavo y noveno capítulo de un libro que eran incapaces de seguir, se arrancaban hilos de los calcetines y los usaban como seda dental.

Aquel otoño de hace cinco años íbamos por la mitad de *Matilda*; era la cuarta semana, y antes de la hora de lectura llegó Ian al galope.

—Le he dicho a mi mamá que estamos leyendo otra vez *La casa de la pradera*. No creo que sea muy fan de *Matilda*. Ni siquiera le gustó *El superzorro*. —Se peinó con los dedos—. ¿Trato hecho?

Asentí con la cabeza.

—Mejor que no se preocupe.

Aún no habíamos llegado a la parte mágica, pero Ian ya la había leído en secreto, acucillado junto a la estantería de Roald Dahl, y sabía a qué atenerse.

Se fue dando brincos por el pasillo de las Biografías y volvió por el de Ciencias, con la cabeza ladeada para leer los lomos.

En ese momento se acercó Loraine —Loraine Best, la bibliotecaria jefa, que por suerte no nos había oído conspirar—, y observó cómo se reunían en la alfombra los primeros niños. Loraine bajaba algunos viernes solo para sonreír y saludar con la cabeza a las madres que dejaban a sus hijos, como si tomara parte en la hora de lectura; como si solo con leer tres minutos de *Huevos verdes con jamón* no hiciera llorar a la mitad de los niños, y levantar el dedo a los demás, deseosos de saber si era una bruja buena o mala.

Ian volvió a desaparecer. Esta vez llegó por Historia de América, tocando todos los libros de la hilera superior derecha.

—Prácticamente vive aquí, ¿no? —susurró Loraine—. Este pequeño homosexual...

—¡Que tiene diez años! —dije yo—. Dudo que sea *algosexual*.

—Mira, Lucy, lo siento. No tengo nada en contra de él, pero ese crío es gay.

Lo dijo con el mismo tono de satisfacción por su propia magnanimidad imaginaria que usaba mi padre cada vez que hacía referencia a «Ophelia, mi secretaria negra».

Ian, que estaba en Narrativa, se puso de puntillas para sacar un libro grande y verde de uno de los estantes superiores: de misterio, con el personaje azul de la etiqueta mirando con lupa desde el lomo. Se sentó en el suelo y empezó la primera página como si en efecto contuviera los misterios del mundo, y en el universo todo se pudiera resolver en la página 132. La luz fluorescente se reflejaba en sus gafas, dos discos amarillos por las páginas. No se movió hasta que empezaron a llegar los otros niños, y Loraine, agachada a su lado, le dijo:

—Te están esperando los demás.

Y aunque no fuera verdad —Tony ni siquiera se había quitado la chaqueta—, arrastró el trasero hasta reunirse con nosotros, sin levantar la mirada del libro.

Aquel día eran cinco los oyentes, todos habituales.

–Bueno –dije, con la esperanza de que Loraine se marchara–, ¿dónde lo habíamos dejado?

–La señora Trunchbull se ponía a gritar porque no habían hecho las mates –dijo Melissa.

–Y le gritaba a la señorita Honey.

–Estaban aprendiendo el tres.

Ian suspiró en voz alta y levantó la mano.

–¿Sí?

–Eso fue hace dos semanas. El último día la protagonista se acababa de enterar de que la señorita Trunchbull había sido lanzadora de martillo. También nos enteramos de que tiene muchos aparatos de tortura en su despacho.

–Gracias, Ian.

Me enseñó los dientes al sonreír. Loraine puso los ojos en blanco –no supe si por mí o por Ian– y dio tumbos hacia la escalera. Yo casi siempre tenía que cortar a Ian, pero a él le daba igual. La única manera de que se fuese habría sido incendiar la biblioteca. Detrás de la mesa le tenía guardado *Cuentos de un nada de cuarto*, para que lo viera cuando viniera sin canguro. Hacía una semana que bajaba corriendo casi cada tarde y asomaba la cabeza por el borde de mi mesa, sin aliento.

En esa época, antes del largo invierno, a lo que más me recordaba Ian era a un globo de helio. No solo por su voz, sino por su manera de hablar mirando hacia arriba y de dar pequeños saltos sobre la punta de los pies, como si le costase no salir volando.

(¿Tuvo algún predecesor?, pregunta Humbert.

No, ninguno. Yo nunca había conocido a nadie igual.)

Cuando no encontraba ningún libro que le gustase, siempre venía y se apoyaba en la mesa.

–¿Qué debería leer?

–*Aprende a no quejarte* –decía yo, o *Introducción al catálogo informatizado*.

Pero él ya sabía que era en broma; sabía que era la pregunta que más me gustaba del mundo.

Entonces le elegía algo: una vez fueron los *Mitos griegos* de los D'Aulaire; otra, *Una rueda en el tejado*... Mis elecciones solían

ser de su agrado; el D'Aulaire, concretamente, desencadenó más de dos meses de mitología a mansalva.

Gracias a que Loraine me avisó desde el principio de cómo era la madre de Ian, siempre me cercioraba de que leyera libros de títulos inocuos y portadas agradables; nada con aspecto de dar miedo, como *El juego de Egipto*. A los ocho años, Ian vino con una canguro y se llevó en préstamo *Zapatos de teatro*. Lo devolvió el día siguiente, diciéndome que solo le dejaban leer «libros de niños».

Por suerte, su madre no parecía poseer grandes conocimientos de literatura infantil, así que *Mi rincón en la montaña* se saltó el control, al igual que *El enigma de la estatua*: dos libros, me di cuenta más tarde, sobre fugas; juro que entonces no se me pasó por la cabeza.

Acabamos dos capítulos. Después hice tiempo hasta las cinco y media, la hora en que bajarían saltando por las escaleras la mitad de las madres, con sus faldas de tenis, y la otra mitad saldría del foso de los libros ilustrados junto con sus bebés.

—¿Quién es el bueno de este libro? —pregunté.

Era fácil. Siempre era el personaje principal. En los libros infantiles casi nunca hay antihéroes, ni narradores poco fidedignos.

Aaron parecía tener ensayada la respuesta desde varios días atrás.

—En el fondo la buena es Matilda, pero la señorita Honey también es un poco buena, porque es muy simpática.

—¿Y el malo?

—¡La señora Crunchable! —gritó Tessa—. ¡Aunque sea la *dirrectora*! ¡Y las *dirrectoras* suelen ser simpáticas!

—Sí —dije—, creo que tienes razón.

Son bastante sensatos a la hora de identificar la maldad, aunque el malo no lleve una máscara negra. Alguno que otro, inteligente, entiende la amplitud que puede alcanzar esa categoría.

—Porque el malo puede ser cualquiera, como un conejo en el jardín —dijo Tessa.

—¿Podrían ser hasta los padres de alguien? —pregunté.

Quería que pensarán en los de Matilda, esos horribles adictos a la tele, los otros antagonistas del libro.

—Sí —contestó Tony—, como si tu madre tuviera una pistola.

Lo sabían, como niños modernos y avispados que eran: una madre podía ser una bruja y un niño un delincuente. Y una bibliotecaria podía ser una ladrona.

Al lugar del delito lo llamaremos Hannibal, Misuri. (Ya hay uno, claro, un Hannibal real que va a su rollo y vive del turismo de Mark Twain y de las aguas fluviales; yo solo pido tomar su nombre en préstamo.) Este Hannibal no tenía río, pero sí una carretera que cruzaba el pueblo; y si al pasar solo veías el McDonald's, el Citgo, la mugre, el maíz y el humo de los coches, te perdías los céspedes con setos divisorios de las casonas del oeste y las del este, más pequeñas, con sus caminos de grava y sus buzones lustrosos.

Sin olvidar la biblioteca, justo al lado de la carretera, una mediocre arquitectura setentera de ladrillo disimulada con banderolas de la Fiesta de Otoño y tres ardillas de hierro la mitad de altas que una persona; ardillas nobles, de cabeza erguida, centinelas del punto de entrega y de la entrada para el público. Antes de empujar la pesada doble puerta principal, todos los niños sentían el impulso de tocar las tres ardillas, o quitarles la nieve de la cola, o incluso de subirse a la más alta hasta quedar encaramados sobre su cabeza. Por alguna razón, todos creían que estaba prohibido. Después se lanzaban escaleras abajo; tenían las mejillas rojas, y pasaban al lado de mi mesa con las parkas hinchidas y vistosas. Algunos sonreían, otros saludaban prácticamente a gritos y otros rehuían por completo mi mirada.

Si a mis veintiséis años yo era la encargada de la sección infantil, se debía tan solo a mi disposición a trabajar más horas que las otras dos bibliotecarias, Sarah-Ann e Irene, dos mujeres mucho mayores que parecían tomarse la biblioteca como una especie de voluntariado, de comedor de beneficencia.

—Qué suerte tenemos de que nos dediquen su tiempo —decía Loraine; y tenía razón, porque a menudo estaban ocupadas en reformar habitaciones enteras.

Ya habían pasado cuatro años desde mi licenciatura; volvía a mordirme las uñas, y mis amistades adultas habían quedado reducidas a dos. Vivía sola, a dos pueblos de distancia, en un piso: una simple bibliotecaria soltera.

Obsérvese, para que conste en acta, mi carácter genético, que indica una leve predisposición a las conductas delictivas, una tendencia hereditaria a la fuga y garantía cromosómica de toda una vida de autoflagelación:

Cosas heredadas de mi padre:

- Gusto por el café espeso como la pez.
- Dos bultos huesudos en la frente, uno encima de cada ojo, justo debajo del nacimiento del pelo. No era ni traumatismo de nacimiento, ni caída al suelo; solo enfermeras frotando mi frente con perplejidad, y mi padre mostrando los suyos a modo de explicación. Si los malos de esta historia no somos nosotros dos, ¿a qué vienen estos cuernos de familia?
- Un temperamento revolucionario, cuyos orígenes van mucho más allá de mi tatarabuelo bolchevique.
- Medio apellido, Hulkinov, abreviado a Hull por un juez neoyorquino. Chiste que se les pasó por alto a los oídos inmigrantes de mi padre, que, con sus zapatos de refugiado, era una cáscara, *a hull*, de su yo ruso.
- Pelo ruso claro, color de nada de nada.
- El emblema familiar que se trajo mi padre de Moscú en un anillo de oro macizo, con su relieve de un hombre que sostiene un libro en la mano derecha, y en la izquierda una cabeza cortada y ensartada en una pica. Este Hulkinov, el más célebre de la familia, fue un guerrero-erudito del siglo XVII que al oír un eco de clarines dejó sus esmerados volúmenes y fue a luchar por la

- justicia, la libertad o el honor; y aquí estoy yo, al final del linaje: una bibliotecaria-delincuente del siglo XXI.
- Profundo sentimiento de culpa ruso.

Cosas heredadas de mi madre:

- Sentimiento de culpa judeo-americano de un kilómetro de grosor.

Hasta aquí el escenario y los personajes principales. Ya estamos incrustados en los pufs: empecemos.

(«¿Adónde va papá con esa hacha?», preguntó Fern.)*

* Es el principio de un libro infantil, *La telaraña de Carlota*, de E. B. White. (N. del T.)